

Carlos JORDÁN CÓLERA, *Introducción al celtibérico*, Prólogo de Francisco VILLAR, Universidad de Zaragoza, Monografías de Filología Griega-10, Zaragoza 1998, XI + 259 pp.

Para comprender este valioso trabajo, el primer manual de la lengua celtibérica en lengua española, es preciso atender a las clarificadoras palabras de Francisco Villar en el Prólogo: «el celtibérico sigue siendo una lengua muy fragmentariamente conocida y que seguramente lo va a seguir siendo para siempre»; «hay que recordar que el celtibérico continúa siendo una lengua no descifrada a pesar de los esfuerzos meritorios realizados por estudiosos como J. Eska respecto al BBI y de W. Meid sobre casi toda su epigrafía».

Pero, salvadas estas objeciones, el manual es un instrumento utilísimo para todo el que quiera iniciarse desde la filología en la lengua celtibérica, también para historiadores y estudiosos de la Antigüedad española e incluso para el público culto en general.

Han sido los últimos 25 años los que han conocido un desarrollo asombroso de los estudios del celtibérico con el aumento de los hallazgos así como los encuentros y congresos de Paleohispanística. Gracias a todos esos esfuerzos contamos hoy con este instrumento.

Este trabajo se divide claramente en dos partes. La primera presenta una descripción de los rasgos fonético-fonológicos y morfológicos en los capítulos I y II. Mediante la aplicación del método comparativo se inicia cada asunto de forma exhaustiva con las referencias de testimonios indoeuropeos, celtas y los que se consideran propiamente celtibéricos.

Comienza con la definición del celtibérico (pp. 1-3) como una *lengua de corpus fragmentariamente atestiguada*. El celtibérico es claramente una lengua indoeuropea (pp. 3-7). Además, hasta el momento, pertenece al grupo de la lengua celta más arcaica (pp. 7-13). Se describen los rasgos lingüísticos propiamente celtas, tanto las isófonas consonánticas como las isófonas vocálicas (pp. 13-19) y los rasgos lingüísticos celtas compartidos (pp. 19-22). Se adoptó el semisilabario ibérico para el sistema gráfico utilizado por el celtibérico (pp. 23-32).

El siguiente capítulo ofrece la morfología celtibérica, partiendo por la morfología nominal con sus diferentes casos, recapitulados en unos cuadros finales (pp. 33-83). La morfología del adjetivo no precisa una exposición mayor (pp. 84-87). En la morfología verbal presenta un listado y comentario de diversas formas verbales (pp. 87-96). Entre la morfología pronominal, no hay constancia de ningún pronombre personal; entre los demostrativos se encuentra la identidad de la forma latina «iste» con la celtibérica, aunque con distinto uso. Parece que se documentan solamente tres palabras independientes, un adverbio seguro, tres preposiciones, conjunciones y partículas coincidentes con el latín -kue, ne, -ue. El epígrafe del léxico (pp. 104-116) resulta para mí especialmente interesante, pues pertenece en su mayoría a la onomástica: antroponimia, etnonimia y toponimia; también se atiende al vocabulario familiar e institucional.

La segunda parte de la obra, partiendo de su criterio pedagógico, incluye numerosos documentos agrupados según el signario paleohispánico (pp. 117-195) o el alfabeto latino (pp. 197-222), acompañados afortunadamente de sus correspondientes dibujos. Este Capítulo III viene dividido en Leyendas monetales, Grafitos sobre *instrumentum domesticum*, Lápidas sepulcrales, Documentos de hospitalidad, Láminas y placas de bronce de contenido vario. Respecto a la placa de la p. 146 con la inscripción *libiaka*, que parece identificarse con la ciudad del Itinerario de Antonino «Libia», creo que tiene su heredero actual en el municipio de *Leiva* (La Rioja); la distancia marcada en el Itinerario coincide muy aceptablemente (Véase Mapa Militar 21-9; año 1990², designación de «Leiva»: 963059).

En cuanto a la inscripción de la p. 161 y el topónimo «Arecorata» el autor indica que «su localización geográfica es desconocida», aunque antes (p. 117) ya había propuesto la identificación, fonéticamente correcta, con *Agreda* (Soria).

Los documentos en alfabeto latino no han ofrecido una ventaja para el conocimiento del celtibérico. Se encuentran sobre *instrumentum domesticum*, documentos de hospitalidad y textos rupestres. En lo que se refiere a la inscripción de la p. 203, *TAMVÇIENSIS / CAR*, el autor propone la identificación con «Tamusia». En la p. 117 presentaba la interrogación ¿Tamuja (Cáceres)? Puesto que Tamuja hoy solamente es conocido como hidrónimo, me parece que es preciso localizar el topónimo, que creo ha de identificarse con el lugar del hallazgo de la inscripción, esto es, Botija (Cáceres), precisamente junto al río Tamuja. (Yo también me he encontrado con el hidrónimo, aunque bajo una forma medieval paleográfica equivocada «Iamviam», cf. R. M. O., *Iacobus* 1 (1996), p. 31, n. 2).

Se cierra este útil trabajo con un *Censo de isoglosas utilizadas en el estudio* (pp. 223-228), un *Índice de palabras y secuencias gráficas celtibéricas* (pp. 229-240), un cuadro de la *Correspondencia de los documentos citados en la obra con los Monumenta Linguarum Hispanicarum IV*, y la pertinente *Bibliografía* (pp. 245-259).

Doy las gracias al autor, Carlos Jordán, por lo mucho que me ha enseñado con su trabajo, aunque me permitirá mostrarle mi descontento por no haber ofrecido apenas comentario sobre el primer gran bronce de Botorrita y el tercer gran bronce de Botorrita.

RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA